
**DISCURSO DEL GENERAL MANUEL
JAIME FORERO QUIÑONES, CON
MOTIVO DEL 173º ANIVERSARIO
DE LA BATALLA DE MAIPU**



Brigadier General Juan B. Córdoba, Presidente del Instituto Sanmartiniano de Colombia. Reciba usted la expresión más sincera de agradecimiento en nombre de los señores comandantes de Fuerza y en el mío propio, quienes hoy hemos sido distinguidos al igual que nuestras esposas con el honor dispensado por el Instituto al hacernos sus socios honorarios y miembros de la Orden Sanmartiniana.

Expresa usted que con la distinción anotada el Instituto “rinde homenaje a nuestras Fuerzas Militares, por la forma patriótica, abnegada y fecunda como ha resguardado la estabilidad institucional de la nación”. Gracias señor General por tan relevante reconocimiento al deber cumplido. Y es más, hago propicia esta honrosa ocasión para reiterar a la República Argentina nuestra gratitud por su apoyo invaluable a la Fuerza Aérea Colombiana, al complementar nuestro material volante con la donación de 3 aviones Pucara, orgullo de la industria aeronáutica latinoamericana, empleados en apoyo a las operaciones antinarcóticos.

En momentos como este es cuando más admiro, elogio, invoco y porqué no, envidio la oratoria, la elocuencia, el acierto de quienes La Providencia forjó con tan admirables dones. No me resisto a recordar estas palabras formidables: “Si tu fuerza, Demóstenes, hubiera igualado a tu genio, jamás el marte macedónico hubiese dominado Grecia”. Esto reza la inscripción del monumento dedicado por Atenas a su gran orador, en el año 280 antes de Cristo, a medio siglo escaso de haber muerto.

Al evocar en esta hora la gran personalidad —esa clara diferencia individual de cada persona— del General y Patriota José Francisco de San Martín, libertador y ciudadano epónimo, vemos al hombre que la naturaleza tiene predestinado para grandes cosas. Viene al mundo adornado principalmente de aquellas cualidades que constituyen el máspreciado don: la sinceridad, el tino en la apreciación de la realidad y la buena fe, ello y mucho más no lo dejaran ser ni cobarde, ni injusto, ni soberbio. Su corazón es grande, vehemente, generoso. Alabamos su sinceridad porque ella es esencial en un mundo de héroes donde, como a una bandera, hay que amar la obediencia al pie de la lealtad.

San Martín lucha contra Napoleón a favor de España. Lucha contra España por la amada independencia de América, su terruño. ¿Contradictorio? No, porque el general es un místico de las causas nobles, justicieras, él es un poeta de la libertad. Es un héroe, independientemente de sus actitudes garridas e intrépidas, vive dentro de la esfera íntima de las cosas, en lo verdadero, en lo que sus acendradas creencias encuentran perfecto, eterno. Un hombre vive de creer en algo, San Martín cree en la libertad.

Sabemos por grandes pensadores que el culto a los héroes es en las difíciles situaciones, un hecho preciosísimo. Un hecho consolador en el que el pensamiento humano puede solazarse en los momentos críticos de su patria o de su historia personal. Por ello, qué bien espiritual hallamos al recordar ahora como había en San Martín, amén de cierta clarividencia, algo más extraordinario quizá: un alma grande para concebir y un noble corazón para ejecutar.

De las actitudes estelares de San Martín en el curso de su gesta emancipadora, nos maravilla el recuerdo del paso de los Andes y la celeberrima batalla de Maipú. El era un militar nato. Hijo de militar, hermano de militares. Nos recuerda ahora el ímpetu de su existencia, el ardor de su carácter, la valentía de sus providencias, el interés que Aristóteles quiso infundir a Alejandro para la dedicación a las disciplinas intelectuales. El príncipe se mostró cada día menos interesado en seguirlas, pues estaba sujeto a otra clase de preocupaciones. Su carácter le llevaba, más que a una vida de estudio y meditación, a una vida de acción, de dinamismo y pujanza. Su sueño dorado consistía en la dominación de Asia y la fusión de la civilización griega con la oriental. Este deseo expansionista de Alejandro no era compartido por Aristóteles, quien creía en la superioridad extraordinaria de los griegos sobre los bárbaros, de ello surgió el choque entre el temple especulativo de Aristóteles y el talante político y militar de Alejandro.

Un hito en la historia de la libertad es la descomunal acción del paso de los Andes. Si tuviésemos el sentido épico de los griegos, encontraríamos en ese paso todo un poema que cantara aquella intrépida grandeza. Los pasos de los Alpes immortalizaron a dos grandes figuras exponentes de egregias acciones militares llevadas a cabo por Aníbal y Napoleón. El juicio de la posteridad americana, es unánime respecto de la trascendencia de la decisión andina de San Martín. Fue una gran operación de guerra ofensiva cuya influencia y resultado fue decisivo y trascendental para el éxito final de la emancipación americana.

Al respecto de ese hecho glorioso escribe Bartolomé Mitre: "Si el paso de los Andes se compara como victoria humana, con los de Aníbal y Napoleón, movido el uno por la venganza y el otro por la ambición, se verá que la empresa de San Martín, grande militarmente en sí, es más trascendental en el orden de los destinos humanos porque tenía por objeto y móvil la independencia y la libertad de un mundo republicano cuya gloria ha sido y será más fecunda en los tiempos que en las estériles jornadas de Trebia y Marengo".

La celebre batalla de Maipú es otra de las acciones bélicas que asiste el genio militar de San Martín, caudillo y patriota insigne, héroe de tan señero acontecimiento que a la sazón conmemoramos en su 173 aniversario. La batalla se concentra en breve espacio sobre la meseta triangular de la Lomada de Espejo en donde ha de decidirse a favor de los patriotas.

A decir de los analistas e historiadores, Maipú fue la gran batalla americana, histórica y científicamente considerada. Dos años después a la victoria de Boyacá se le aprecia como complemento de la Maipú. La de Ayacucho fue su consecuencia ulterior y final. Así, el plan de campaña continental, cuya intuición tuvo San Martín en 1814 en Tucumán, era el fin comprendido en toda su trascendencia por el enemigo que, al anuncio de su segunda etapa, ya no se consideraba seguro ni en la tierra ni en los mares y presentía su total derrota en toda la extensión de la América Meridional. Mitre escribe: "jamás una concepción militar tuvo tan decisiva influencia moral en los acontecimientos, hiriendo el pavor al adversario, antes de experimentar de cerca sus efectos".

Evoquemos, aunque brevemente, las ejecutorias en la estupenda carrera militar del General San Martín, para una mejor perspectiva del genio americano. A los doce años es cadete del Regimiento de Murcia en España. En Africa lleva a cabo su primera campaña combatiendo a los moriscos y recibe su bautismo de fuego en Melilla. Más tarde es trasladado al ejército de Aragón y luego al de Rosellón bajo las órdenes del General Antonio Ricardos. En 1798 España se une a Francia contra Inglaterra y el Regimiento de Murcia se incorpora a la escuadra del Mediterráneo. En 1802 Napoleón ocupa parte de España. San Martín actúa en Andalucía a órdenes del General Solano.

En Arjonilla lleva a cabo su primera gran proeza, es el 23 de julio de 1808, ataca con sólo 20 jinetes un destacamento francés de caballería haciendo prisioneros, lo que le vale el ascenso a Capitán de la Caballería de Borbón. El 18 de julio de 1808 el ejército de Napoleón fue derrotado en Bailén. San Martín tomó parte en la batalla y por sus heroicas hazañas fue galardonado con medalla de oro. Después de Bailén es ascendido a Teniente Coronel de Caballería y en junio de 1811 Comandante del Regimiento de Dragones de Sagunto, que fue el último cargo militar de San Martín en el ejército español.

San Martín abandona España. Tiene 22 años de servicios plenos de prestigio y grandeza, hombría y señorío. Bajo el estandarte español combatió a franceses, ingleses y portugueses, conquistando con ardor y valentía

galones en todos los campos. Otra campaña lo esperaba en América bajo la lírica bandera azul y blanco, juvenil y preciosa. De sus ejecutorias en la tierra del Plata ya hemos hecho apretada alusión, agradecidos, reverentes y admirados. Un destino de penurias y tristezas sería el colofón para sus días postreros en el exilio. En carta a O'Higgins escribió: "Mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles; mi edad media, al de mi patria. Tengo derecho a disponer de mi vejez".

Al enviudar se dirige a Inglaterra y luego a Bélgica con su hijita Mercedes, que contaba 7 años de edad. Cinco años vive en la nación belga, pero vuelve a América llegando el 12 de febrero de 1829 a la rada de Buenos Aires. Argentina está envuelta en una guerra civil entre unitarios y federales. El viejo caudillo se niega a desembarcar y pasa a Montevideo para luego volver a Europa. Se dirige a París en compañía de su hija, único amparo de su ancianidad. Un antiguo compañero de armas de la península, el banquero Alejandro Aguado, viene en su auxilio aliviándolo de su pobreza. Alquila una casa en Boulogne-Sur-Mer. Al poco tiempo queda ciego, su espíritu se sume en una profunda tristeza. El 17 de agosto de 1850 muere en brazos de su hija.

Treinta años después, el Presidente Nicolás Avellaneda gestiona el regreso de sus despojos mortales a su natal Argentina, quedando depositados en la catedral bonaerense. Por los siglos de los siglos descansen allí en paz el ilustre general, el libertador, el padre, el ciudadano, el hombre. Sobre sus cenizas hasta la aternidad estará velando la cruz del sur, hecha de luceros, como Dios ha querido.

Y hoy, reverentes quienes por razón del mando llevamos la representación de las Fuerzas Militares de Colombia, rendimos al prócer nuestro tributo de admiración y a ustedes socios del Instituto Sanmartiniano de Colombia y miembros de la Orden Sanmartiniana, nuestra perenne gratitud.

Gracias.